

**VIII Certamen de narración corta “Cipriano Acosta”
PREMIO EN LA CATEGORÍA DE PRIMER CICLO DE LA ESO**

“Un lunático verdadero”

Antonio es un hombre alto y delgado que te puede sacar cualquier respuesta a cualquier pregunta, es un científico muy listo. El científico Antonio acaba de descubrir que en La Luna puede haber vida sin necesidad de tener la misma atmósfera que en La Tierra, no hace falta ni oxígeno y, por supuesto, no es necesaria el agua. Pero todos se preguntan: “¿Si no hay oxígeno ni agua, cómo puede haber vida?”. Antonio, que es muy inteligente, dice lo siguiente: “Tienen ustedes razón, si fueran humanos, pero no necesariamente tienen que serlos, los habitantes de La Luna pueden vivir con el CO₂ que expulsamos de nuestra atmósfera”.

Muchos de sus compañeros se quedaron perplejos de su respuesta, algunos sonreían y otros se carcajaban de Antonio pensando que se le había ido la olla, sin embargo, Antonio perseveró en sus intenciones y, con una voluntad de hierro, siguió adelante en su proyecto. Nada le hacía sospechar que pronto iba a formar parte de una historia curiosa e impredecible

Meses y meses de trabajo y mucho esfuerzo para que al final su descubrimiento fuera el acontecimiento más importante de la historia de la ciencia. Antonio reconocería posteriormente ante los medios de comunicación que, de pequeño, siempre había sospechado que podía haber vida en la luna.

Pero no nos olvidemos de que sólo has descubierto que puede haber vida en la luna, pero no has dicho ni has mostrado ningún supuesto “lunático” -dijo a gritos un hombre llamado Víctor (un científico maleducado, gran enemigo de Antonio y que celaba de éste por su inteligencia). Antonio, con pasmosa tranquilidad y mirándole a los ojos le contestó escuetamente que lo descubriría, sin duda.

Antonio estuvo horas, días, semanas y largos meses en su laboratorio del gran Telescopio Tecan del Roque de los Muchachos, escudriñando los cráteres y paisajes de la luna, observando el Mar de la tranquilidad, con una fe ciega en que encontraría lo que a otros se les había negado, su sueño, su pasión hasta que, por fin, en una fría noche de invierno y cuando todo el personal del laboratorio dormía, observó, por su gran telescopio, cómo se movía algo en la superficie de la luna; era no más grande que una hormiga vista desde diez metros de altura. Antonio pensó por un momento que estaba soñando hasta que un fuerte grito se oyó en todo el observatorio: “-Sí, sí, lo he conseguido, hay vida en la luna”.

Víctor, el aprendiz de científico, montó en cólera; su bilis se hacía más intensa dentro de su cuerpo, el odio que tenía sobre la inteligencia de Antonio se iba a mostrar en toda su crudeza. Aprovechando la confusión del momento, Víctor entró en el laboratorio y robó las pruebas del hallazgo. Corrió por los pasillos, salió al patio, subió a su coche y emprendió una veloz huída hacia la capital de La Palma.

Mientras tanto, Antonio y todo el personal habían vuelto delante del gran Tecan, sus pruebas, su esfuerzo habían desaparecido; inmediatamente, a Antonio se le encendió la bombilla y su cabeza, perfectamente amueblada, sabía quién había robado su descubrimiento: “¡Tranquilos!”- musitó con voz serena y templada
-Sé perfectamente dónde están las pruebas.

Alfonso, el ujier del recinto, miraba con desdén la figura del científico y escudriñaba que éste tenía un as en la manga.

- Llamad y decidle a la policía que las pruebas se encuentran camino de Santa Cruz a la altura del mirador de la degollada de los franceses.

Con voz trémula, Alfonso explicó a la policía todo lo que Antonio le había comentado. En pocos minutos, el teléfono del observatorio sonó; era la policía, habían apresado a Víctor e iban de vuelta al Roque de los Muchachos.

¡Pero cómo demonios me has encontrado, Antonio! - decía un Víctor agarrado entre dos policías nacionales.

- ¡Ay, Víctor, Víctor! - le dijo Antonio con una mirada burlesca-. Si he sido capaz de encontrar vida en La Luna, viendo un bichito tan pequeño como una hormiga ¿no iba a ser capaz de encontrar a una sabandija como tú? Por favor, Víctor, no te intentes aprovechar nunca de una persona que trabaja y que todo lo ha conseguido con esfuerzo.

Rubén Padilla Travieso, 1º de la ESO, IES Bañaderos.